

2° Tiene **horror instintivo al sufrimiento**, a la mortificación y a la abnegación de sí misma.

3° Busca la **alegría**, el **éxito**, los **honores** y los **aplausos**.

4° No quiere oír hablar de **humillaciones** ni de desprecio de sí mismo.

En la práctica, es difícil a veces discernir con seguridad si alguna de estas mociones proviene del demonio o del simple impulso de nuestra naturaleza, mal inclinada por el pecado. Pero es siempre fácil discernir las mociones de la gracia de las otras dos; y así, basta poder determinar si una moción es de Dios, para seguirla, o si no es de Dios, para combatirla y reprimirla.

5° Principales ardidés del demonio.

Quedaría incompleta esta exposición si no indicáramos los ardidés que el demonio utiliza para perder a las almas, y que podemos reducir a diez:

1° **Adapta las tentaciones al temperamento, edad y gustos de cada uno, y a las disposiciones actuales en que se halla; tiene en cuenta, sobre todo, el defecto dominante.**

2° **Pide el secreto**, es decir, que no se descubran a los Superiores o al director espiritual las sugerencias que él hace al alma.

3° **Va de menos a más**, comenzando por lo poco para llegar a lo mucho; sabe que muchas veces, si propusiese el pecado abiertamente, sería rechazado.

4° **Duerme al alma en una falsa paz**, para caer luego sobre ella de improviso con una violencia extrema; deja que el alma se crea segura y se confíe demasiado en sí misma, para hacerla después caer de repente.

5° **Cansa a las almas por la duración del combate**; prolonga sus asaltos de manera tenaz y persistente, para arrojar al alma en el desánimo, porque sabe que nada cuesta tanto al hombre como la constancia.

6° **Se sirve de otras personas** para apartarnos de Dios y arrastrarnos al pecado, utilizando el atractivo que esas personas ejercen sobre nosotros.

7° **Trata de viciar nuestras buenas obras**, inspirándonos motivos torcidos (vanagloria, amor propio, etc.) o disminuyendo su valor y haciéndonos perder el fruto ocupando el espíritu con cosas ajenas al deber actual.

8° **Engaña con la apariencia de bien**, adaptándose a los gustos espirituales del alma y sugiriéndole pensamientos justos y santos, para apartarla de la voluntad actual de Dios bajo pretexto de un mayor bien.

9° **Hace ruido y estrépito para aterrorizar a las almas**, sobre todo a las temerosas y pusilánimes, presentándoles mil inconvenientes, temores o amenazas.

10° **Insinúa la insumisión y la crítica**, destruyendo el espíritu filial y la confianza en los Superiores, e introduciendo la animosidad y rebeldía contra la autoridad.

Lucha contra el demonio o discernimiento de espíritus

Después de estudiar el pecado en sí mismo, y la lucha contra las tentaciones, debemos considerar en particular cada una de las tres fuentes de tentaciones y de pecado. Y comenzamos por la primera, **el demonio**.

Como el oficio propio del demonio es *tentar*, ya vimos cómo combatirlo al estudiar el modo de luchar contra las tentaciones. Sólo faltaría ver algunas normas de discreción de espíritus, para saber cuándo es el demonio el que mueve nuestra alma, cuándo es Dios, y cuándo es nuestra propia naturaleza, para poder aceptar las buenas mociones y rechazar las malas.

1° Qué es el discernimiento de espíritus.

El *discernimiento de espíritus* es la ciencia que permite discernir las diferentes mociones que obran en nuestra alma, sus diferentes principios, y señalar cuáles han sido provocados directa o indirectamente por Dios, por el demonio o por nuestra propia naturaleza humana.

Por lo tanto, entendemos aquí por «*espíritu*» la moción interior por la cual nuestra alma es incitada a hacer u omitir una acción, y el principio mismo de donde procede esta moción. Fácilmente pueden reducirse a tres los espíritus que mueven al hombre en sus acciones:

1° **El espíritu divino**, al que podemos asimilar el **espíritu angélico**: nos incita siempre al bien, obrando directamente sobre nuestras almas, o indirectamente sirviéndose de los ángeles.

2° **El espíritu diabólico**, al que podemos asimilar el **espíritu mundano**: nos incita siempre al mal, sea por sí mismo, sea por medio del mundo, que es su amigo, su aliado y su instrumento.

3° **El espíritu humano**, al que podemos asimilar el **espíritu carnal**, que es una de sus manifestaciones más corrientes: nos inclina unas veces al bien, conocido por la razón y apetecido por la voluntad, y otras veces al mal, arrastrado por la propia concupiscencia.

Estos tres espíritus pueden interferirse de mil maneras; con todo, en la mayoría de los casos contamos con indicios suficientes para hacer el discernimiento con garantías de acierto.

2º Señales del espíritu de Dios.

Los principales efectos del espíritu de Dios en el alma son los siguientes:

1º Le comunica **luz y verdad**, porque Dios es luz (I Jn. 1 5) y verdad (Jn. 14 6). El alma así movida es **dócil**: se deja enseñar, y acepta con facilidad las instrucciones y consejos de sus Superiores.

2º Le infunde **alegría, paz y confianza**, aun en medio de las mayores pruebas.

3º Le inspira **pensamientos humildes**.

4º La hace **sencilla, sincera y veraz**.

5º La lleva a buscar la **gloria de Dios** y el cumplimiento de su voluntad en todas sus obras.

6º La empuja a la **abnegación de sí mismo**, a la práctica de una **caridad mansa, benigna y desinteresada**, y a la **imitación de Cristo** en todas sus acciones.

7º Le comunica gran **libertad de espíritu**, es decir, la inflama en Dios y la desprende de todas las cosas creadas.

8º Las mociones divinas se insinúan **suavemente** en el alma en estado de gracia, pero atormentan con santos remordimientos a las almas en pecado.

9º Sólo Dios puede dar al alma una **consolación sin causa precedente**, porque es propio del Creador entrar, salir y obrar en el alma libremente, inflamándola en el amor de Dios.

Las mociones divinas suelen insinuarse preferentemente en los momentos de **consolación espiritual**. Llamamos así a una moción interior del alma, que nos inflama en el amor a Dios, nos hace practicar los actos de virtud con gusto, facilidad y ardor, y nos hace insípidas las cosas de la tierra.

Cuando Dios nos favorece con estas dulzuras y consolaciones espirituales, hemos de: • **humillarnos profundamente ante Dios**, reconociéndonos todavía niños en la virtud, pues aún necesitamos golosinas para ser atraídos al amor de Dios; • **usar de ellas según la voluntad de Dios** que nos las concede, es decir, para ser amable con todos y llenos de amor a Dios, dispuestos a obedecerle, a observar sus mandamientos, a cumplir sus voluntades y seguir sus inspiraciones; • **hacer provisión de fuerzas**, sabiendo que Dios nos concede consuelos para prepararnos a nuevas cruces, tentaciones o sequedades.

3º Señales del espíritu diabólico.

Como es obvio, los efectos del espíritu diabólico serán diametralmente opuestos a los del espíritu de Dios:

1º Deja al alma en **tinieblas y oscuridad**, con **dudas y angustias interiores**; el alma se muestra **proterva y obstinada** en su propio juicio, sin dar nunca su brazo a torcer.

2º Le infunde **tristeza, turbación, desconfianza y desaliento**.

3º Le inspira **pensamientos de orgullo**, vanidad, etc.

4º La hace **desobediente**, o **hipócrita y doble**; y la obstina en no abrirse al director espiritual.

5º La lleva a obrar por **finés torcidos** (vgr. vanidad), o por **propio capricho**.

6º Le inspira **horror a la mortificación y abnegación de sí mismo**, impaciencia en los trabajos y sufrimientos; **falsa caridad**, celo amargo e indiscreto, que perturba la paz; el alma vive en el **olvido de Cristo y de su imitación**.

7º Hace que el alma se **apegue a lo terreno**, a su propio «yo».

8º Las mociones del espíritu diabólico entran en el alma en estado de gracia **con violencia**, como por fuerza, con ruido y estrépito; mientras que inspiran al alma en pecado una **falsa paz, tranquilidad y seguridad**.

9º El espíritu diabólico suele sugerir sus pensamientos en la **desolación espiritual**; pero muchas veces se disfraza de ángel de luz y sugiere al principio cosas buenas (**tentación bajo apariencia de bien**), para disimular su perversa intención y hacer caer al alma cuando está desprevenida.

Llamamos **desolación espiritual** a lo contrario de la consolación: una moción del alma hacia cosas bajas y terrenas, acompañada de tinieblas, turbación o sequedad, que deja al alma sin amor a Dios y perezosa, tibia y triste en el servicio del Señor y en la práctica de la virtud.

Estas desolaciones pueden proceder: • **de nosotros mismos**, esto es, de nuestra tibieza y negligencia en el servicio de Dios; • **del demonio**, que intenta turbarnos para apartarnos de Dios; • y **de Dios**, que las permite para nuestro avance espiritual.

Dios permite la desolación interior por tres razones principales: • **como castigo** por nuestra negligencia, pereza o tibieza en los ejercicios espirituales; • **como prueba** de nuestras virtudes, especialmente la humildad y la paciencia, para ver cuánto somos y hasta dónde llega nuestra generosidad en el servicio de Dios cuando nos faltan los consuelos sensibles; • **como lección**, para enseñarnos nuestra miseria y cuán poco podemos por nosotros mismos, que la oración y fidelidad en el servicio de Dios son puros dones de Dios, y que la perfección no consiste en los consuelos sensibles.

La principal regla a observar en tiempo de desolación es **no hacer mudanza**, es decir, no hacer ningún propósito ni tomar ninguna decisión espiritual grave, ni cambiar en nada el género ordinario de vida, sino permanecer firme en los propósitos en que estábamos los días anteriores a tal desolación; pues como en la desolación suele hablarnos el espíritu diabólico, bajo su moción e influencia no podemos decidir recta y adecuadamente lo que más nos conviene, y así hemos de atenernos entonces a las luces anteriormente recibidas.

4º Señales del espíritu humano.

La naturaleza herida por el pecado se inclina siempre hacia su propia comodidad, y no entiende otra cosa que satisfacer su propio egoísmo. Por eso:

1º Es **amiga del placer y del regalo**, y busca siempre sus gustos, preferencias y caprichos.